

Agradezco la invitación que me ha formulado "Agora" para hacer una presentación radiofónica del libro de Pedro Voltes Bou: el "Archiduque de Austria, rey de los Catalanes". Bien se merece esta amplia bienvenida en el mundo de las letras y de la ciencia el autor y la obra. Ni uno ni otros son desconocidos. El primero por su aportación diaria a uno de nuestros primeros órganos periodísticos y la segunda porque su título recabó palmaria notoriedad con motivo de haber triunfado en la competición literaria que para premiar la mejor biografía organiza <sup>AEDOS</sup> <sup>anualmente</sup>.

Pero tras de este conocimiento superficial del autor y de su obra se encierra algo más hondo. Hay un Pedro Voltes plasmador de la minuciosa realidad de nuestra existencia cotidiana, y otro Pedro Voltes que recoge con la paciencia del erudito los testimonios de la vida que ya no es más que recuerdo en los documentos del pasado. En realidad, dos polos del mismo eje humano; dos vertientes de un mismo espíritu, sensible a los imperativos de la verdad y de la inteligencia. Tanto más cuanto gracias a la nueva orientación de los estudios históricos, el hombre de hoy y el historiador se unen en un mismo haz para rescatar del pasado lo que son trozos palpitantes de nuestra mentalidad actual y para relegar al olvido lo que en nuestra actualidad no son más <sup>que</sup> anacrónicos esperpentos intelectuales.

Pues bien, Pedro Voltes hace ésto, y con singular maestría. El "Archiduque Carlos" está ahí para demostrarlo. No es una biografía cualquiera. Yo diría que es el primer testimonio logrado de una biografía destinada al gran público por parte de un historiador profesional. No nos asustemos de la palabra profesional: la verdad no está reñida ni con la galanura ni con la amabilidad. En cambio, nos da la garantía de que cada dato se halla no sólo comprobado en su auténtica validez, sino presentado en su correcto engarce con los elementos estructurales de la vida. Y además, que hemos dejado muy lejos las alegrías románticas para enfrentarnos seriamente con los sucesos históricos, cualesquiera

sean sus dimensiones sociales y políticas, su peso en la realidad mental de nuestro tiempo.

Y la figura del archiduque pesa sobre nosotros. Lo hemos ya indicado en el prólogo que hemos tenido el gusto de escribir para <sup>la</sup> obra de Voltes. Pesa en cuanto a mito, más que por su específica densidad humana. Nuestros antepasados, los catalanes de los años 1705 a 1714, esto es, a la distancia de ocho generaciones, lucharon en defensa de su causa contra la de Felipe V de Borbón durante la llamada Guerra de Sucesión a la Corona Española. Incrustaron sus deseos hispánicos en la espada del Archiduque y estimularon sus ilusiones en la victoria de su causa. Quizá el Archiduque no comprendiese una palabra de lo que él representaba para nuestros abuelos. Menos, desde luego, los comprendió Felipe V, sobre cuya estólida intransigencia Voltes borda uno de los capítulos más vivos de su libro.

En definitiva, los protagonistas de esta biografía somos nosotros mismos, los catalanes, y concretamente los barcelonees. He aquí otra lección de historiador, que conoce bien las entretelas de su oficio. La pluma de Voltes nos ha reconstituido una sociedad en que aún podemos reconocernos, una sociedad que supo solazarse y aplaudir a sus divos, pero que también tuvo el rasgo de rubricar con un gesto heroico una posición indestructible en el seno de la comunidad hispánica.

Tal es la lección sempiterna de un libro que abre surco en la versión <sup>ista</sup> moderna de la escuela histórica barcelonesa, consagrada <sup>na</sup> intencionalmente por su fino sentido metodológico, su pujante adscripción a la vida, y su hábil presentación literaria de los hechos.

J. V. V.